

HERACLIO BERNAL, CAUDILLO FRUSTRADO

Mario GILL

EL AÑO DE 1855 es un mojón en la historia de México: marca el fin de una etapa histórica y el principio de otra. Con el derrocamiento de Santa-Anna se cierra un capítulo de la biografía de México y se inicia otro, el del liberalismo. Su Alteza Serenísima, cumplida su funesta misión histórica, había dejado el campo, muy a su pesar, a los jóvenes que luego formarían el más notable equipo de hombres públicos en la historia de nuestra patria, el grupo que tuvo como paradigma y jefe a don Benito Juárez.

A partir de ese año México estrena normas políticas y empieza a vivir de acuerdo con un nuevo plan —el Plan de Ayutla— y en armonía con los conceptos filosóficos de la época. Fué el punto de arranque de la ofensiva que culminó con las Leyes de Reforma y la Constitución del 57, base del progreso de México.

Se inició entonces una de las etapas más dramáticas de la historia mexicana, una de las más turbulentas y a la vez más fecundas. Durante ese período México se dió una legislación moderna, de las más avanzadas de su tiempo, y modeló su personalidad en el crisol de la guerra civil y particularmente de la gran lucha por la soberanía patria contra la invasión francesa. Esa etapa febril en que se combinaron todos los valores humanos —el patriotismo y la traición, lo sublime y lo grotesco, la demagogia y mezquindad de los ambiciosos con la firmeza y el sacrificio de los paladines de nuevos ideales— constituye un esfuerzo muy grande del pueblo mexicano por encontrarse a sí mismo.

Cansado de ese esfuerzo largo y doloroso, el pueblo cesa la lucha en 1888, año en que, desalentado, ansioso de paz, dudoso de las intenciones de los políticos y sobre todo víctima del terror sangriento impuesto por el caudillo del momento, acepta resignado la reelección de don Porfirio Díaz. Se cierra allí el ciclo del liberalismo y comienza el de la dictadura unipersonal.

El tercio de siglo que transcurre entre 1855 y 1888 es la era del juarismo; si don Benito murió en 1872, su espíritu siguió inspirando a la nación hasta el momento en que don Porfirio, dueño absoluto del poder, inició su propia era, la porfiriana. Para consolidarla, aprovechándose de la desmoralización del pueblo, instituyó como normas de gobierno el centralismo, el despotismo y el terror, del cual fueron ejemplos típicos la matanza —“mátalos en caliente”— de Veracruz el 25 de junio de 1879 y el vil asesinato del general Trinidad García de la Cadena, el 1º de

noviembre de 1886, en Estación González (Zacatecas). Al iniciar su tercer período, el país se hallaba, de grado o por fuerza, totalmente "porfirizado".

ESTOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS son necesarios para entender e interpretar la vida al parecer incongruente de Heraclio Bernal, a quien la historia ha negado un lugar decoroso en sus páginas, abandonándolo al folklore que, cariñosamente, ha deformado su personalidad. Para ese pueblo, que no gusta de hermenéuticas políticas, Heraclio es sólo el "bandido generoso, azote de los ricos y benefactor de los pobres", un bandolero simpático, temerario y astuto, hecho a imagen y semejanza del pueblo, a la medida de su imaginación. El Heraclio Bernal de los corridos es una creación popular. A fuerza de ser idealizado, acabó por perder su auténtica personalidad y por parecerse a su propia leyenda. El poderoso deseo de justicia y venganza de las masas populares, secularmente vejadas, crea de vez en cuando ese tipo de vengadores, brazos del destino, que interpretan fugazmente sus recónditos impulsos.

Tal fué el caso de Heraclio Bernal, hombre que pudo llegar a ser un gran caudillo y que naufragó en las redes sutiles de la leyenda romántica. El pueblo ama y prefiere —porque las entiende mejor— esas figuras bravías, apasionadas y tiernas, irresistibles como fuerzas de la naturaleza, y de tanto amarlas termina por conformarlas con sus sentimientos. Bernal se percató de la extraña situación en que había caído, pero demasiado tarde: en vísperas de su muerte. Escribió entonces (el 4 de enero de 1888, en el Cerro El Pelón) estos versos, publicados en el *Monitor Republicano* el 31 de enero del mismo año:

Enfadado de este mundo
voy a buscar un rincón;
ni me debe ni le debo
gracias por haberme creado
este mundo fanfarrón.

Nocivo, sin conocerla,
he sido a la sociedad;
pero yo siempre he querido
pertenecerle en verdad,
pero no lo he conseguido.

Cuando joven calavera
salvé la ley orgulloso,
creyéndome poderoso,
absoluto como un rey...

La tragedia de Heraclio consistió en haber nacido en un momento inoportuno. Si su llegada al mundo hubiese ocurrido unos años antes, seguramente habría pasado a la historia cargado de honores, pues habría sido un guerrillero extraordinario en la lucha contra los franceses.

Hay un curioso paralelismo entre Heraclio Bernal y Pedro José Méndez, el gran chinaco tamaulipeco, jefe de la "guerrilla fantasma". Los

dos estaban cortados con las mismas tijeras. Méndez fué una verdadera pesadilla para Bazaine, como lo fué Bernal para Francisco Cañedo, el gobernador porfirista. Los dos guerrilleros, amos de la sierra, eran invencibles.

Maximiliano, preocupado por la actividad de Méndez, comisionó a uno de los militares de su confianza, el coronel Hennique, para que acabara con la "guerrilla fantasma". El soldado francés fracasó y se confesó incapaz de someter al guerrillero. Dijo que no se podía pelear con un fantasma. El chinaco peleaba a la mexicana: llegaba como rayo, destruía lo que encontraba y desaparecía. Pocas horas después atacaba otra población a muchas leguas de distancia. Para combatirlo, el Emperador contrató al condotiero Carlos Dupin, expulsado del ejército francés por sanguinario y falto de escrúpulos. Dupin formó una especie de tercio extranjero compuesto por asesinos de todos los países. Ese grupo, llamado "la contraguerrilla", se lanzó sobre Méndez.

Dupin nunca logró destruir la guerrilla del chinaco tamaulipeco. Las cuevas del cerro del Bernal, disputadas a los tigres a machetazos, fueron su hogar inviolable. En una de ellas nació su hija, María Diana. En la sierra, Pedro José Méndez era invencible. Como todos los guerrilleros, murió traicionado. La táctica de lucha de Heraclio Bernal que le valió el apodo de "El Rayo de Sinaloa", era la de Méndez. Como éste, tenía por hogar las cuevas de las fieras; allí amó a sus mujeres. Contra Bernal se estrellaron todos los generales que fueron a batirlo en la sierra, y al fin cayó traicionado.

¡Qué pareja hubieran hecho Méndez y Bernal!

Pero el primero tiene un sitio en la historia y el segundo se quedó atorado en el corrido, en calidad de "bandido generoso", sólo por haber nacido tarde. Cuando el guerrillero tamaulipeco de 22 años lazaba y arrastraba franceses a cabeza de silla en Ciudad Victoria, Heraclio cumplía 7 años. ¡Lo que hubiera hecho de haber nacido 15 años antes!

Por otra parte, si Bernal hubiera nacido en el año en que murió —1888—, al estallar la Revolución habría tenido la edad que tenía Méndez cuando capitaneaba su guerrilla, y seguramente habría llegado a ser una de las figuras más fascinantes de ese movimiento; por muchos conceptos era superior a la mayoría de los guerrilleros revolucionarios de 1910.

Cuando se le ofreció por fin la ocasión de participar en un movimiento de dimensión nacional, el destino intervino nuevamente: el general Trinidad García de la Cadena, jefe de la revolución que iba a derrocar a Porfirio Díaz, fué asesinado poco antes de que se iniciara el movimiento. Bernal se quedó inédito como caudillo, y el imprescindible plan que había redactado (se habría llamado seguramente Plan de Conitaca) no llegó a figurar en la lista de los mil y un planes que registra la historia de nuestras guerras civiles.

La breve vida de Heraclio Bernal transcurrió entre dos planes: nació con el de Ayutla y murió cuando Porfirio Díaz desconoció el de Tuxtepec para consolidar su dictadura personal. En realidad, a Heraclio no lo mató el compadre Crispín, como quiere el corrido, ni los diez mil pesos

que ofreció por su vida el general Francisco Cañedo. A Bernal lo asesinó la historia. Cuando iba a empezar su aprendizaje de caudillo, el destino decretó que, por algunos años, el único caudillo de México fuera Porfirio Díaz. Las puertas de la gloria se habían cerrado. Su vida ya no tenía sentido, y sencillamente se fué.

Resultaría osado pretender escribir su biografía, porque nadie podría precisar cómo vivió realmente. El hombre y su leyenda se fundieron en una sola imagen.

INICIACIÓN POLÍTICA

Heraclio Bernal llevaba en la sangre la aventura y la temeridad. Su padre, don Jesús Bernal, fué un gambusino que trató de huir de la explotación de las tiendas de raya de los minerales buscando pepitas de oro en los placeres. Prefería el azar a la terrible realidad del trabajo en los tiros sombríos. Por el lado de su madre (Jacinta Zazueta) heredó el arrojo, el desprecio a la vida, el amor al peligro. Tres de sus tíos maternos, Eugenio, Merced y José (*el Sordo*), se habían rebelado contra la esclavitud del peonaje para lanzarse a los caminos y exponer su vida por la libertad. Se habían interpuesto en el tránsito de las diligencias y las conductas, con éxito variable. Eugenio, aprehendido y sentenciado a muerte, recibe la descarga del pelotón de fusilamiento con indiferencia. Merced, amnistiado, muere en Cosalá con un puñal clavado en el corazón. *El Sordo*, con más suerte o astucia, logra burlar la persecución de las acordadas y continúa sus correrías por los caminos reales, hasta que ingresa en la guerrilla de su sobrino.

Al fundar su hogar, don Jesús Bernal renunció a las problemáticas pepitas y arrendó unas tierras en El Chaco, rancho del distrito de San Ignacio. Allí nacen los cinco hijos del matrimonio: Juan, Fernando, Antonio, Heraclio y Vicente. Trece años han transcurrido en la paz del rancho, a donde apenas llegan los rumores de la guerra de Reforma y de la lucha contra los franceses. Como las tierras no dan para sostener a siete personas, y además los hijos deben cultivarse, don Jesús pone a todos en una carreta y abandona la choza de adobes para dirigirse al mineral entonces en bonanza, Guadalupe de los Reyes, en busca de trabajo. Eso ocurría en 1868, cuando apenas se había apagado el eco de los disparos en el Cerro de las Campanas. La figura de Juárez se erguía imponente y sublime, y contemplada en perspectiva desde la provincia, su talla se agigantaba.

Heraclio tenía entonces 13 años, edad en que las impresiones del mundo exterior penetran más hondo en la conciencia infantil. La admiración del padre por el gran indio zapoteca, sus conversaciones acerca de la epopeya del 67 y la batalla victoriosa contra el clero, deben haber dejado una huella imborrable en la mente alerta de Heraclio. Para éste, don Benito se convirtió, desde entonces, en el símbolo de la patria y, como tal, en algo intocable e incuestionable. Ese recuerdo infantil debía con-

vertirse, posteriormente, en el móvil profundo de sus actos y en la razón verdadera de su rebeldía.

Luego, en las conversaciones del padre, que había ingresado como peón en el mineral, apareció un nuevo tema: también se mencionaban ahora las crueldades e injusticias de los amos extranjeros de la mina, la explotación de la tienda de raya, los salarios miserables y las jornadas de muerte en el fondo de los tiros. La mente de Heraclio se impregna de odio por los ricos y particularmente por los explotadores. Todos los extranjeros —franceses y gachupines— llegan a ser para él alimañas peligrosas a las cuales hay que aplastarles la cabeza, como a las víboras, en la sierra.

Entre los chamacos de su edad Heraclio es ya el jefe; y empieza a perfilarse su personalidad: audacia, nobleza, jovialidad, melancolía, dominio de sí mismo, energía, astucia, valor temerario. Heraclio ama la soledad y en su busca se pierde con frecuencia por entre los picachos de la sierra cercana, con la cual establece una comunión íntima para toda la vida. La montaña y Bernal se entienden y firman un pacto secreto para no abandonarse nunca; Bernal pagará después con su vida el intento de violar ese pacto.

Conoce por entonces al profesor Ángel Bonilla, que acaba de establecer una escuela particular en Guadalupe de los Reyes. Heraclio se convierte en el mejor discípulo del maestro y además en su mejor amigo. Las ideas avanzadas de Bonilla amplían los horizontes mentales del niño y afianzan en él las convicciones liberales adquiridas en el hogar. Esa precaria instrucción es la única que recibirá Heraclio en su vida.

Don Jesús no soportó mucho tiempo la explotación del mineral. Haciendo sacrificios pagó sus deudas con la tienda de raya y regresó a Palo Verde, el pueblo de Jacinta. A poco tiempo de su llegada recibió el nombramiento de representante del Partido Juarista en la región. Se aproximaban las elecciones para presidente de la República y para gobernador del Estado. Su partido sostenía la fórmula Juárez-Eustaquio Buelna en contra de la porfirista Díaz-Márquez de León. Por fin se le presentaba a don Jesús la oportunidad de traducir en hechos su devoción al gran zapoteca y de luchar por lo que el indio representaba. El viejo Bernal resulta ser un formidable agitador; en pocas semanas aquella región se convierte en un agresivo reducto juarista.

Don Jesús ha logrado contagiar su entusiasmo a toda la familia. Los cinco hijos participan en la campaña con el mismo brío que el padre. Los mayores, Juan, Fernando y Antonio, se encargan de distribuir la propaganda en los alrededores. Lo Zazueta se les sube a la cabeza: "Nosotros nos encargamos de que Díaz no obtenga un solo voto en la región", y lo dicen "echando mano a sus fierros, como queriendo pelear". Los más chicos, Heraclio y Vicente, acompañan al padre a las asambleas políticas y aplauden apasionadamente los discursos de los mayores. En esas asambleas recibió Heraclio el sacramento de la confirmación juarista, fe de la que no abjuraría nunca y que lo llevaría a la muerte.

En las elecciones del 2 de julio de 1871 triunfa en Sinaloa la fórmula

Juárez-Eustaquio Buelna, en un torneo cívico legítimo y sin precedentes. Los porfiristas se sublevan alegando que ha habido fraude e imposición. La revuelta de La Noria triunfa inicialmente en Sinaloa. El gobernador Buelna se ve obligado a instalar los poderes en El Fuerte, pero, asediado, deja el poder a don Blas Ibarra y pasa a Sonora en busca del apoyo del gobernador Ignacio Pesqueira. Con la bandera de Juárez y la legalidad, Pesqueira arroja a los porfiristas al Estado de Durango. En esa campaña participan naturalmente los hijos mayores de don Jesús. Heraclio se empeña en acompañarlos, pero como apenas tiene 16 años no le dan armas. En un combate cerca de Culiacán, al ser herido su hermano Juan, Heraclio recoge el arma y pelea con valor extraordinario. Ése fué su bautizo de fuego. El primer balazo que disparó en su vida fué, simbólicamente, contra Porfirio Díaz.

Fracasado el movimiento de La Noria y muerto don Benito, la tranquilidad política vuelve a la región. Pero en Palo Verde juaristas y porfiristas mantienen vivo su odio a través de una sorda guerra de Monteseos y Capuletos. En ella tiene Heraclio que sacrificar su primer amor: se enamora de una hermosa muchacha de Palo Verde, pero como los padres de la chica son porfiristas y los Bernal juaristas de hueso colorado, las familias se oponen a las relaciones. Heraclio tiene sólo 17 años, pero sus convicciones políticas se sobreponen a sus impulsos juveniles. Rompe sus relaciones con la novia y se marcha del pueblo, amargado, llevando en la conciencia la convicción de que el porfirismo es el origen de todos los males.

PRINCIPIA LA LEYENDA

Se inicia como minero en Guadalupe de los Reyes, para experimentar a su vez, en carne propia, lo que su padre le había contado acerca de la injusticia y explotación que privan en los minerales. Por su carácter altivo y rebelde choca con los capataces; ésa y no otra debe haber sido la causa de sus dificultades. Es significativo que no se haya podido obtener una versión exacta, única, de ese incidente de las barras de plata. Se dijo entonces que Bernal había sido víctima de una venganza: un amante despechado lo emborrachó; ya inconsciente lo llevó a su cuarto y colocó allí las famosas barras de plata. Se dijo también que un empleado del mineral, de esos que hoy se llaman "lambiscones", queriendo hacer mérito con los jefes urdió la trama para denunciarla y demostrar así su fidelidad a la compañía. Bernal fué acusado.

Cuando tratan de aprehenderlo huye; el jefe político Epifanio Lomelí lo exhorta; detenido, se escapa y se lanza al camino real que, al parecer, era el único que podía seguir la juventud rebelde e independiente en aquella época. Asalta a un prestamista extorsionador y luego a un hatajo que conduce mercancías al mineral del que ha sido expulsado. El general Cleofas Salmón, prefecto del distrito de Cosalá, se apresta a perseguirlo, pero al saber que es hermano de Juan y Fernando Bernal y sobrino de los Zazueta, se calma su ardor persecutorio. Un día Heraclio entra en una

cantina de Cosalá; ve en una mesa al general Salmón jugando póker con unos amigos. El joven se ingenia para hacerse invitar. Poco después ha desplumado a todos; recoge sus ganancias, invita a una copa y se retira. Momentos más tarde llega un muchacho con un recado para el general: "Espero volver a jugar con usted, y que tenga mejor suerte.—Heraclio Bernal."

Poco después Bernal asalta el mineral de San Vicente, propiedad de norteamericanos; se lleva una buena cantidad en efectivo y muchas armas, pero esta vez logran aprehenderlo y conducirlo a Mazatlán para juzgarlo. Lleva un mes en la cárcel cuando estalla el movimiento de Tuxtepec; los porfiristas se lanzan contra Lerdo de Tejada. Francisco Cañedo sitia la casa del gobernador, licenciado Jesús M. Gaxiola, y éste, creyéndose perdido, entrega el poder. Lerdo hace lo mismo en México y huye a los Estados Unidos; no tarda mucho en seguirlo José María Iglesias, y Porfirio Díaz queda dueño de la situación. En Mazatlán, después de una serie de escaramuzas político-militares en las cuales la traición es el arma más peligrosa, queda dueño de la plaza el general Jesús Ramírez Terrón.

Este jefe militar se siente postergado cuando nombran gobernador de Sinaloa a Francisco Cañedo, y hace preparativos para arrebatárle el poder. Visita en la cárcel a Heraclio, a quien halaga y, creyéndolo de su parte, lo pone en libertad con el grado de teniente. Heraclio es ahora el jefe de los mismos soldados que semanas atrás lo habían aprehendido. Al agravarse las diferencias Terrón-Cañedo, Heraclio deserta y se dirige a Guadalupe de los Reyes. Nada tiene él que ver con los porfiristas, a quienes sigue odiando entrañablemente. Más digno y decoroso que esa pugna de ambiciones es asaltar los minerales, las diligencias o las conductas para entregar el botín a los pobres. En Guadalupe de los Reyes, en unión de sus hermanos, se pasea tranquilamente frente a Lomelí, su perseguidor, que no se atreve a tocarlo. Un día desaparecen del mineral y, con ellos, buen número de barras de plata.

EL RAYO DE SINALOA

Bernal había iniciado con mala fortuna su carrera de bandido de camino real —infinitamente más respetable que la de algunos políticos de nuestros días, que se dicen "redentores del pueblo" y además "revolucionarios"—, por haber abandonado la sierra. Reconocido el error, volvió a ella, que era como su segunda madre. En El Maguey, un lugar de la serranía, en los límites entre Sinaloa y Durango, instala su cuartel general. Desde allí organiza sus asaltos perfectos, desconcertantes. Pero, además, había otra razón para acuartelarse allí: una muchacha, Dolores, coqueta como ella sola.

Heraclio descubre que durante sus salidas lo engaña con Laureano González. El drama se va gestando, y un día Heraclio y Laureano, a caballo, deciden liquidar sus diferencias en un duelo singular. En el primer encuentro a balazos resultan heridos los caballos; el duelo continúa a pie, puñal en mano. Heraclio es desarmado por su enemigo, y cuando

éste pretende aprovecharse de la ventaja, es derribado por Antonio Bernal; cuando Antonio va a disparar sobre Laureano se interpone Heraclio y lo salva. Los dos rivales se abrazan y deciden olvidar a la coqueta.

Mientras se desarrolla en la sierra esta escena de película de *cow boys*, en la cual la nobleza, el valor y la caballeridad corren a raudales, y que indudablemente es producto de la imaginación deformadora de algún mestizo lector de novelas románticas, Ramírez Terrón hace llegar a Heraclio una invitación para que participe en una rebelión contra el gobierno de Porfirio Díaz, y le adjunta el nombramiento de comandante. No se trata ya de la lucha contra Cañedo por el gobierno de Sinaloa, sino de combatir a Porfirio, el dictador, que acaba de horrorizar a México con el supuesto "mátalos en caliente". Se le propone ahora una lucha de principios con una bandera: la Constitución del 57. Decía la proclama de los rebeldes:

«Señores: La hora de la justicia ha sonado. Los tiranos tiemblan al grito de libertad, como dice Víctor Hugo. La patria nos llama a su servicio y necesita de nuestra sangre. No, no debemos tolerar los ultrajes que le cometen sus tiranos, ni tampoco debemos sufrir el tratamiento inquisitorial de nuestros infames gobernantes. Recordad que sois libres, que habéis dado a la nación unas leyes santas, sagradas, sublimes, y que estas leyes están siendo violadas desde la primera hasta la última página, porque los tiranos que malamente se llaman gobernantes, y que debéis maldecir con toda la energía de vuestra alma, han conculcado todos vuestros derechos y vuestras garantías que otorga vuestra noble Constitución.

»Debéis estar persuadidos de que lo que os digo es la verdad, porque fresca está la sangre de los mártires de Veracruz, y aún humeando también la del infortunado escritor, Sr. Valadés. Recordad que sois libres... Recordad también que sois valientes, que sois hombres y que no os debe arredrar la crueldad de vuestros tiranos... En consecuencia, señores... ¡Mueran los tiranos!... ¡Mueran los asesinos! ¡Viva la Constitución del 57! ¡Viva el pueblo, porque el pueblo es la ley y sabe hacerse justicia!»

La proclama no es sin duda un gran documento político, pero sí una protesta ardiente contra el dictador. Eso era suficiente para el antiporfirismo orgánico de Heraclio Bernal; y aceptó. Se descuelga de la sierra con su gente, ya no para asaltar en camino real, sino para tomar poblaciones y sustraerlas al dominio oficial. Dondequiera que llega organiza un baile para el pueblo y todos se emborrachan y bailan hasta que caen rendidos. De uno de esos bailes saca Bernal a una muchacha; huye con ella hacia el Sur para disfrutar de una luna de miel, antes de unirse con Terán en Mazatlán. Al cruzar el río de Piaxtla la bestia tropieza y la pareja está a punto de ahogarse. El héroe salva a la muchacha, pero cae enfermo; entrega su conquista a unos arrieros para que la devuelvan a su hogar, y, después de haber quitado

su caballo a un hacendado, entra a Rincón de Ibonía en busca de un herbolario.

Reconocido por las autoridades del lugar, el general Salmón ordena que sea fusilado inmediatamente. Encarcelado y amarrado, rompe con los dientes sus ligaduras, y cuando se presenta el guardián lo derriba, lo amordaza y lo ata. En un caballo sin silla logra huir y llegar a Palo Verde para visitar a sus padres y, sin saberlo, despedirse de ellos para siempre. (Su madre muere al día siguiente de su partida, y su padre unas semanas después.)

Heraclio reúne a su gente y acude a la cita con Ramírez Terrón, para atacar el puerto de Mazatlán el 26 de junio de 1889.

EL ASALTO AL PUERTO se inicia a las tres de la mañana. A las nueve continúa la lucha. Los atacantes se apoderan del cuartel del 5º batallón, que el general José del Valle intenta reconquistar al recibir refuerzos. La situación de los rebeldes es comprometida. Cuando cunde la desmoralización y la gente busca una salida por la puerta trasera, Heraclio la cierra y tira la llave en dirección del enemigo: "¡Por allí está la salida!", grita a su gente, y a la cabeza de los suyos expulsa a los atacantes. Sin ese rasgo de Bernal, la derrota hubiera sido inevitable.

Heraclio, entusiasmado por la victoria, deja en Mazatlán a Ramírez Terrón y sale a extender la rebelión; centenares de hombres se le unen; toma pueblos, designa autoridades, asalta almacenes para distribuir los víveres entre el pueblo, y depósitos de armas para proveer a sus soldados. Las acordadas huyen despavoridas al escuchar el grito de guerra: "¡Aquí está Heraclio Bernal!"

Entre tanto, el coronel Bernardo Reyes es destacado para recuperar la ciudad de Mazatlán. El 3 de julio Ramírez Terrón abandona la plaza sin combatir y se dirige a Villa Unión, de donde también es desalojado. Bernal, al Norte, continúa tomando plazas y Terrón, al Sur, perdiéndolas. Bernardo Reyes es ascendido a general por sus triunfos sobre Terrón. Los jefes del movimiento rebelde tienen una entrevista en Concordia; Bernal sale de ella furioso y desmoralizado. Con hombres como Terrón no se puede ir a ninguna parte. Heraclio no se considera capaz de encabezar un movimiento de carácter nacional y regresa a la sierra. Terrón es muerto en un combate tres meses después de haberse lanzado a la revuelta.

El fracaso de este primer intento armado contra Díaz debe haber causado estragos en la conciencia de Heraclio y agravado su complejo antiporfirista. El único camino que quedaba frente a él era el de la rebeldía permanente manifestada en el asalto sorpresivo a los pequeños poblados, el ataque a las acordadas, la detención de las conductas y las diligencias. Lo que buscaba no era el botín, puesto que distribuía el producto de los asaltos entre la gente pobre; era la protesta revolucionaria contra un régimen de injusticia. ¿En qué otra forma podían expresar su inconformidad y su rebeldía los jóvenes de entonces? No había partidos políticos de oposición y mucho menos agrupamientos

que tuvieran un contenido clasista. Bernal no podía volver a buscar trabajo en los minerales ni en las haciendas, pues era bastante conocido. El único camino que le quedaba era el camino real.

Su caso no era el único. El régimen de peonaje, con su explotación inicua, había lanzado a muchos campesinos jóvenes y rebeldes, no preparados para abrirse paso en las ciudades, al asalto de las diligencias. Por todo el país surgieron esos "bandidos generosos" que robaban para vivir, pero también para expresar su repudio del régimen social que no les ofrecía otra alternativa: esclavitud en las minas y haciendas o bandolerismo. Algunos de estos inquietos y pintorescos personajes se han convertido en héroes populares muy queridos, que reciben del pueblo un homenaje de admiración y cariño. Tal es el caso, por ejemplo, de Agustín Lorenzo, el personaje central del carnaval de Huejotzingo. Lorenzo, que era uno de los "plateados", se convirtió en un chinaco, famoso por su valor, su audacia y sus aventuras galantes. (En una ocasión estuvo a punto de secuestrar a la emperatriz Carlota.) El don Juan en traje de charro encontró una forma muy a la mexicana de herir al invasor: raptó a la hija del comandante francés en Huejotzingo y huyó con ella a la sierra. Ese episodio romántico se conserva como una tradición inviolable, porque en el fondo actualiza una pequeña revancha de los oprimidos contra los opresores de entonces y de siempre.

Después de un breve descanso —luna de miel en la sierra con su última conquista—, Bernal reanuda su vida de asaltos. Más que nunca es el *Rayo de Sinaloa*. Tiene 29 años; su estado mayor lo forman sus cuatro hermanos (cada uno de ellos podía ser el jefe de una guerrilla), su lugarteniente Correitas, Cirilo Parra, Anselmo Figueroa, Eduardo López, los hermanos José María y Rafael Bazán, Maximino Gurrola y otros. Los dominios de la guerrilla de Heraclio se extienden entre el mar y la sierra, desde la Nayarita hasta la Tarahumara. Es el período en que sus increíbles hazañas dan base a la leyenda romántica que idealiza al personaje hasta el ridículo. Lo auténtico y real en el "bandido" hacen de él, sin embargo, una figura entrañable para el pueblo, que se convierte en su aliado. Caballeroso con las damas, toma sus joyas sin lastimarlas y pide una disculpa por la molestia; solicita humildemente la bendición de los curas que ha desvalijado; de todos se despide con una caravana, deseándoles buen viaje.

Cuando llega a los poblados la fiesta es general; el baile se prolonga hasta que los músicos piden tregua. Cuando la guerrilla se va, todo el pueblo la acompaña hasta las afueras. Los minerales son los objetivos principales de su actividad, porque allí están los odiados extranjeros. El Tajo, Guadalupe de los Reyes, Plomosas, Nuestra Señora, La Rastra, Metates, etc., se arman para resistir a la guerrilla; en algunos minerales se instala artillería, y todos han abierto una contabilidad especial para anotar las pérdidas derivadas de las visitas de Bernal. Las fuerzas federales lo persiguen sin cesar. En uno de esos encuentros Heraclio es herido; logra escapar colgado del cuello de su yegua. Cuando suponen que ha muerto reaparece con más bríos, con su guerrilla reorganizada. Al escu-

charse en un poblado el grito de guerra, "¡Aquí está Heraclio Bernal!", los ricos tiemblan y huyen, pero los pobres salen a las calles jubilosos.

UN PACTO CON SAN DIMAS

Son los años de fortuna y de apogeo. Su fama, acrecentada por el cariño popular, ha hecho de él un personaje legendario dotado de virtudes y poderes sobrehumanos. El pueblo ayuda a Bernal a desconcertar a sus perseguidores propalando versiones falsas, desconcertantes, o combinándose francamente con la guerrilla para burlarse de las acordadas. La de San Ignacio, por ejemplo, es conducida por un campesino hacia un sitio donde se hallan unos sospechosos armados. Cuando llegan al lugar previsto sólo encuentran rastros evidentes de la presencia de la guerrilla; sin mucho entusiasmo para seguir en su persecución acepta la invitación del guía para bañarse en el río. Cuando todos chapotean en el agua desnudos, unos rifles les apuntan; sus armas y sus ropas han desaparecido, y así, en cueros, son obligados por los de Heraclio a entrar a San Ignacio, en medio del regocijo general.

Francisco Cañedo es ahora gobernador de Sinaloa. Para iniciar su gobierno ofrece un gran baile. Acaba de regresar de México, afrancesado, como todos los miembros de la dinastía tuxtepecana. El pueblo de Culiacán se divierte con el desfile de trajes a la moda de París. Los criados, de librea, no saben cómo moverse entre las colas que las damas arrastran por los pisos bien pulidos, ni saben cómo hacer para distinguir los vinos y viandas con nombres franceses. El pueblo se pregunta si ha regresado el ejército francés y si en México gobierna un príncipe europeo. En lo mejor del baile corre el rumor de que Heraclio Bernal se halla en Abuya, poblado cercano, celebrando sus triunfos con un baile a la mexicana. Sóstenes Rocha, representante del presidente Díaz, se habría sentido más a gusto en el baile de Bernal.

Alarmado Cañedo, decide acabar con Heraclio a toda costa. Hace un viaje especial a México para pedir facultades y recursos. Consigue que se aumenten los haberes de la tropa que combate al guerrillero, que se envíen refuerzos, que se haga un reclutamiento especial en las regiones que recorre Bernal para lanzar en su persecución gentes conocedoras del terreno. A su regreso convoca a todos los jefes militares para fijar un plan de campaña. Asisten el general Ángel Martínez, los coroneles Tomás Fernández, Ricardo Carricarte y Juan Manuel Gómez. A través de una comisión especial, se solicita la cooperación del gobierno de Durango, que ofrece armas y municiones; éstas se llevan a través de Zacatecas, Guadajajara y Mazatlán, por temor de que caigan en manos del guerrillero.

El pueblo observa los preparativos y mira con odio a los militares que invaden sus pueblos. Se hacen rogativas, se ofrecen mandas a los santos más eficaces para que libren a Bernal del peligro. Las familias que tienen algún ser querido en la guerrilla reciben ayuda económica y son vistas con respeto y simpatía. A los que se dan de alta los insultan ("¡Montoneros!" "¡Ofrecidos!"), y los niños juegan a la guerrilla y a la acordada

con el resultado previsible. Las mujeres discuten acerca de las facultades de sus santos predilectos; todas quieren poner a Bernal bajo la protección del más milagroso; se forman bandos de partidarios de San Ignacio, de San Juan, de San Vicente, pero la mayoría se inclina por San Dimas, el buen ladrón con quien, se asegura, Bernal tiene firmado un pacto: como su antecesor, Bernal nunca ha robado a los pobres. Hay quienes afirman que es inútil recurrir a los santos, puesto que Heraclio ha firmado un pacto con el diablo.

El pacto de Bernal era con el pueblo y con la sierra, sus aliados naturales. Mientras les guardara fidelidad, podría estar tranquilo. Y lo estaba, efectivamente y, además, de buen humor. En cierta ocasión llegó al pueblo de Quilá. Como de costumbre, contrata a los músicos del lugar e invita a todo el mundo a divertirse gratis. Todos participan, hasta el cura. "Sólo faltó uno —comenta Bernal—; vamos a invitarlo." Y se dirige a la oficina de telégrafos. El operador transmite sonriendo el siguiente mensaje: "Sr. General don Francisco Cañedo, Gobernador del Estado, Culiacán, Sin.: Habitantes Quilá, así como amigos míos, invitan a Ud. asista baile ofrecen su honor. Salúdalo afectuosamente —Heraclio Bernal."

Cincuenta soldados salen al galope de Culiacán para corresponder en nombre del gobernador a la gentil invitación, pero cuando llegan el baile ha terminado. Bernal se ha despedido de sus amigos de Quilá unas horas antes, llevándose preso a un gachupín. Al pasar por el cementerio del pueblo, Heraclio le dice: "Ahora sí, amigo, le llegó la hora." El gachupín se arrodilla, ruega, llora, ofrece todos sus bienes a cambio de su vida. "Yo sé que Ud. no es asesino —argumenta el gachupín— ¿por qué lo hace conmigo?" Bernal, fríamente, saca la pistola y dispara. La guerrilla contempla la escena a distancia, sin entender la razón de aquel hecho inusitado. El cura, sorprendido también, llega corriendo:

—Pero ¿qué has hecho, Heraclio?

—Tal vez usted pudiera explicármelo —comenta, casi para sí mismo, y se aleja sombrío.

Y en efecto, Bernal no lo sabía, pero con su impulso inconsciente vengaba siglos de humillación y de explotación; vengaba crímenes cometidos contra los suyos, vengaba a su padre, vengaba a México pisoteado por los extranjeros, que eran para él —no había conocido otros— los representantes del mal en la tierra.

Estos cambios bruscos de la jovialidad a la melancolía eran característicos en la personalidad de Bernal. A raíz de su muerte, *El Nacional*, un periódico de su época, lo describía de la siguiente manera:

«...Con sus compañeros era en extremo leal y generoso, y ellos lo adoraban hasta el sacrificio. Jamás permitió Bernal que sus subordinados expusieran su vida tontamente; audaz y sin miedo, cuidaba más de la salud de sus muchachos que de su propia seguridad. En algunas ocasiones tuvo momentos de romántico arrepentimiento y se le vió, aunque de carácter siempre jovial, sumergirse en una tristeza silenciosa. Al final de esos accesos se le veía bajar

con diez o doce hombres a algún pueblo, en son de paz, entrar contritamente a la iglesia, oír de rodillas la santa misa y santiguarse con devoción y, al final, poner en el cepo de la parroquia una pieza de oro de veinte pesos. En seguida montaba en su caballo, y cabizbajo y callado se remontaba a la sierra a llevar quién sabe qué género de extraña penitencia que, por desgracia, a los pocos años concluía siempre con el asalto a un nuevo pueblo o el ataque inesperado a una hacienda. En el fondo de esa naturaleza bravía, había sentimientos honrados.»

DE NUEVO CONTRA PORFIRIO DÍAZ

En julio de 1885 Heraclio es convocado por un enviado del general Trinidad García de la Cadena a celebrar una conferencia en Lobos, un lugar de la sierra en los límites entre Durango y Zacatecas. Bernal desconfía del ex porfirista y envía en su lugar a sus hermanos Juan y Vicente, debidamente acreditados. Se habló de iniciar un movimiento para derrocar a Díaz; Heraclio sublevaría la región donde era tan querido. García de la Cadena organizaría el levantamiento en el resto del país. El horizonte de Heraclio se iluminó: se presentaba nuevamente la oportunidad de luchar contra don Porfirio, con una bandera política en las manos, con un programa, aspiración de toda su vida.

Cumplió lealmente su compromiso y reclutó más de 200 hombres. Inició la rebelión con un ataque al mineral de La Rastra, seguramente para proveerse de elementos. Allí lanzó su proclama:

«Heraclio Bernal, comandante de las fuerzas proclamadoras de las garantías constitucionales, a los habitantes. Hago saber: Que el Gobierno actual no es obra de los pueblos ni respeta las garantías que todo hombre debe disfrutar con arreglo al Pacto Federal de la República, porque es bien sabido que los actuales gobernantes se han impuesto por sí mismos y porque también no hay moralidad, ni justicia, ni protección para los CC, pues cuantos se apoderan del poder sólo se ocupan de enriquecerse y de exterminar a los demás, al grado de que nadie tiene segura la vida ni los intereses, viendo, además, que se protege a los extranjeros con perjuicio de los mexicanos; que, por tanto, es indispensable tomar las armas para quitar a los malos gobernantes y hacer que impere la Constitución, a cuyo intento he proclamado el siguiente plan político:

»1) Proclamo el restablecimiento efectivo de la Constitución.

»2) Tomo el mando de las fuerzas pronunciadas hasta que a mi juicio deba resignarlo en persona que me inspire confianza para marchar con ella de acuerdo.

»3) Invito a todos los buenos CC y declaro tener las facultades que me da la situación para sostener este plan y hacerlo triunfar.

»4) Este plan se irá reformando según lo reclamen el concurso de los pueblos y las luces de los CC que se presenten a sostenerlo.

»5) Serán tratados con el rigor de la ley todos los que contraríen este plan o denuncien a sus defensores.

»Libertad en la Ley.

»Es dado en La Rastra, a los 27 días del mes de julio de 1885.»

Heraclio Bernal ya no era un salteador de caminos, sino un revolucionario, y además tenía un plan. No era un documento muy conceptuoso, pero le daba al guerrillero otra categoría: la que él siempre quiso tener. Había recibido la alternativa de García de la Cadena; ahora era "comandante de las fuerzas proclamadoras de las garantías constitucionales". ¡Qué orgulloso se hubiera sentido de su hijo don Jesús Bernal!

Enarbolando el Plan de La Rastra, Heraclio se lanzó como ciclón sobre Chacala, Tamazula, Amaculí, Guadalupe de los Reyes, etc., en una campaña relámpago como siempre cuando lo inspiraba el ideal de justicia y libertad. Habían transcurrido cuatro meses sin noticias de García de la Cadena. Es verdad que en Lobos no se había fijado la fecha de la insurrección. ¿Qué habría ocurrido? ¿Se había precipitado Bernal? ¿O es que García de la Cadena esperaba sacar las castañas con la mano del gato? ¿Había sido neutralizado por la vigilancia del régimen porfirista? Bernal se enfrentó nuevamente al problema de que le faltaba personalidad para encabezar él solo un movimiento nacional, y decidió desmovilizar su ejército. Además, ya venía el invierno, particularmente extremo en esa sierra norteña.

Amargado por el fracaso de este segundo intento revolucionario, se despide de su gente y se aleja con su estado mayor para seguir correteando a las acordadas por los caminos. Vuelve a escucharse en los pueblos el grito de guerra: "¡Aquí está Heraclio Bernal!" Las empresas que manejan las diligencias están a punto de quebrar, pues nadie se atreve a viajar en ellas. Llegan a pensar en la conveniencia de un arreglo especial con Bernal y en obtener de él un salvoconducto mediante alguna iguala adecuada. Pero ¿quién se atreve a ponerle el cascabel al gato? Intuyen que Bernal se ofendería con tal proposición, pues el asalto a las diligencias no es para él un negocio personal, sino un medio de afirmar su personalidad, una ocasión de mantener viva su rebeldía y su protesta y, además, un deporte divertido por peligroso.

EL PLAN DE CONITACA

La estrella de Bernal empezó a declinar cuando conoció al negro herbolario —con fama de hechicero— Alejandro Brecman. Éste se había incorporado al ejército de Bernal, como médico castrense; conocía las propiedades de todas las yerbas de la sierra, y en una ocasión había curado a Vicente Bernal. La leyenda atribuye al hechicero, a su mala sombra, los fracasos de Bernal. En un rancho cercano a Las Yedras, los hermanos de Heraclio son sorprendidos mientras duermen; Fernando logra escapar, pero Juan y Vicente, amarrados, son conducidos a Cosalá en compañía del negro Brecman. Juan y Vicente son fusilados, el negro puesto en liber-

tad. Heraclio intenta salvar a sus hermanos; cuando llega a Cosalá, hace veinticuatro horas que han sido ejecutados. El compañero del hechicero, Vicente Barraza, es muerto a los pocos días. El negro se salva "milagrosamente". En otra ocasión acompaña a un grupo de amigos de Heraclio; en Guadalupe de los Reyes son aprehendidos todos, menos el herbolario. Poco después, acompañando al tío José *el Sordo* Zazueta, es muerto éste por la acordada, y el negro, tranquilamente, busca la compañía de Fernando Bernal quien, a poco, es también asesinado. Nadie ha supuesto que Breckman fuera un espía y delator; resultaba más emocionante convertirlo en instrumento del destino, en portador de la mala suerte.

La pérdida de sus hermanos fué un golpe terrible para Bernal. La lucha tomó entonces un carácter más violento. Bernal había perdido el buen humor; sus trances de melancolía eran más frecuentes, y a ellos seguían la furia y la crueldad. Bernal ya no era el mismo de antes; las frustraciones políticas y la muerte de sus hermanos lo habían cambiado. Ahora ya no asaltaba por deporte, ni por amor a las aventuras, ni para afirmar su rebeldía, ni siquiera por robar, sino por venganza. Cobraba en sangre la de sus hermanos. Era ahora una fiera herida, y ya se sabe lo que eso significa.

Una esperanza de resurrección se presenta. Bernal recibe noticias de García de la Cadena. Todo estaba preparado para la sublevación general, que debería estallar un día de enero de 1887. Faltan cinco meses. Bernal comete el mismo error de 1885: impaciente, reúne a su gente, la arenga y se lanza sobre el valle de Culiacán, sin esperar la fecha anunciada. ¿Lo había convenido así con García de la Cadena? ¿Su impaciencia hizo abortar el movimiento contra Porfirio Díaz?

García de la Cadena salió de México el 4 de octubre de 1886, rumbo a Zacatecas, evidentemente para organizar el movimiento. Lo acompañaba Juan Lizaldi, jefe de su partido. De la Cadena iba enfermo —disentería, cálculos en la vejiga, 64 años—, y tuvo que quedarse unos días en Silao. Al proseguir su viaje a Zacatecas, fué detenido, en Estación González, el 31 de octubre, por el teniente coronel Julián Villegas. El gobernador de Zacatecas, Marcelino Morfín Chávez, enemigo de García de la Cadena, mandó al jefe político, Atenógenes Llamas, a recoger a los prisioneros. Villegas se negó a entregarlos. Llamas lo llevó a un lugar apartado; allí discutieron un momento; luego el jefe político mostró un mensaje. ¿Era otro "mátalos en caliente"? El militar hizo entrega de los presos. García de la Cadena fué acribillado en su coche y rematado a puñaladas; Lizaldi recibió la descarga montado en su caballo. Los cadáveres quedaron tendidos en el camino muchas horas, hasta que el jefe político de Mazapil los recogió y los inhumó en el atrio de la capilla de la hacienda La Gruñidora.

El diputado Genaro Raygosa, pariente político de García de la Cadena, acudió a la presidencia para obtener seguridades de que los presos serían juzgados conforme a la ley, pero don Porfirio se hallaba fuera de México, en una excursión de caza por Nepantla. El general Jesús Aréchiga informó de lo sucedido a su superior el general Carlos Fuero, jefe de las

operaciones en Zacatecas, quien a su vez pasó la noticia a la Secretaría de Guerra y ésta al presidente Díaz: "Jefe conducía Cadena fué atacado por una fuerza, resultando muerto Cadena." Don Porfirio contestó "de enterado".

Bernal, entre tanto, se enfrentaba al ejército del general Domingo Rubí en Las Juntas, cerca de Culiacán. Tal vez el plan militar secreto imponía la toma de esa capital para que secundasen el movimiento algunos jefes militares que, según se afirmó posteriormente (el general Rubén García en *El antiporfirismo*), estaban comprometidos con García de la Cadena, entre ellos Ramón Corona y Jerónimo Treviño. Heradio se enfrenta a Rubí en condiciones evidentemente desventajosas: una proporción de dos por uno en su contra. Es la primera vez que mide sus fuerzas con un general de la talla de Rubí, en un combate formal. La táctica de Bernal consiste en lanzar su caballería en un ataque relámpago, en punta de flecha, sobre el centro de las fuerzas enemigas, para dividir las y batirlas separadamente. Por la falta de preparación de sus soldados en estos métodos de combate, son envueltos y prensados. Bernal ordena la retirada hacia la sierra. Se rehace y presenta combate en la Cuesta de la Soledad, donde hace pedazos a las fuerzas porfiristas. Se lanza sobre Elota y se apodera de un magnífico botín; con él espera armar un ejército suficientemente fuerte para apoderarse de Culiacán y de todo el Estado, como paso previo para seguir después su marcha hasta la capital de la República. Bernal estaba en vías de convertirse en un gran caudillo militar. Sus hazañas habían llegado a conocimiento de don Porfirio, que expresó en alguna ocasión sus deseos de conocerlo. Tenía un nuevo plan, más completo que el de La Rastra (seguramente había sido redactado por García de la Cadena, pues estaba fechado en 1887, año en que, según él, debería iniciarse el movimiento) y con más experiencia militar. El Plan de Conitaca, recogido a los soldados de Bernal en el combate de San José de las Bocas, el 4 de abril de 1887, era el siguiente:

«Ejército Restaurador. Cuartel General.

»Los que suscribimos, considerando:

»1) que el gobierno de D. Porfirio Díaz no reconoce por fundamento la Ley;

»2) que tampoco ese gobierno se recomienda por la justicia de sus actos y pureza de su administración;

»3) que en ese mismo gobierno se ha entronizado la tiranía con su inevitable cortejo de inmoralidad, desenfreno, violación de las leyes, atropello de las garantías, atentados asombrosos contra la vida del hombre, impunidad escandalosa y falta absoluta de respeto a la patria y de interés por su progreso y bienestar;

»4) que es lícito a los ciudadanos derrocar a los tiranos por cuantos medios estén a su alcance;

»Resolvemos:

»1) Cesa el Gobierno de D. Porfirio Díaz y se proclama el restablecimiento práctico de la Constitución de 1857, con sus reformas;

»2) ocupada que sea la capital de cualquier Estado, este Cuartel General designará a la persona que deba desempeñar el cargo de presidente provisional de los Estados Unidos Mexicanos. [Se comprende el interés de Bernal en tomar Culiacán para proclamar presidente provisional, así como la resolución del gobierno federal de defender la plaza a toda costa, encomendando esa defensa a uno de sus mejores generales];

»3) el presidente provisional de los Estados Unidos Mexicanos tendrá las facultades concedidas por la Constitución al Ejecutivo de la Unión y las extraordinarias que reclame la situación;

»4) ocupada que sea la capital de la República, el presidente provisional expedirá la convocatoria para organizar el poder público en todo el país, según la Constitución;

»5) es general en jefe del Ejército Constitucional el primer general de división que de acuerdo con este Cuartel General se ponga en armas para sostener este Plan;

»6) se invita al ejército mexicano y a todas las partidas de insurrectos para proclamar este Plan y unificar sus esfuerzos en bien de la República;

»7) ocupada que sea la capital de un Estado, el presidente provisional emitirá bonos por valor de dos millones de pesos para el sostenimiento de este Plan;

»8) los bonos emitidos serán de circulación forzosa y reintegrable su valor con el 10% en todo egreso federal o de los Estados, salvo las convenciones particulares con el gobierno provisional de la República;

»9) queda prohibida toda exacción para el sostenimiento de este Plan.

»10) Se proclaman como exigencias nacionales las siguientes:

»I. erección de los Estados del Valle de México, Cantón de Tepic y Laguna de Tlahualilo;

»II. traslado de los supremos poderes federales a la ciudad de Dolores Hidalgo;

»III. libertad de sufragio bajo la base de la no intervención de las autoridades en los comicios electorales;

»IV. emancipación de los municipios como Cuarto Poder del Estado;

»V. establecimiento de penitenciarías y abolición de la pena de muerte;

»VI. concesión de terrenos a los pueblos, y erección de lugares públicos donde hubiere más de dos mil habitantes;

»VII. establecimiento general de jurados para juzgar de todos los delitos;

»VIII. concesiones de ferrocarriles, prefiriendo a los capitales del país;

»IX. patriotismo, honradez, lealtad y decisión para el desempeño de los puestos públicos;

»X. unificación de los mexicanos contra toda invasión extranjera.

»XI. Todo el que sin pertenecer al ejército organice guerrillas proclamando este Plan será reconocido con el grado respectivo, hasta capitán de Guardia Nacional, según el número de personas que militen a sus órdenes, pero, en todo caso, recabará su patente en este Cuartel General. La organización de sesenta hombres es bastante para obtener el grado de capitán.

»Proclamado en la Sierra de Conitaca. Enero de 1887.

»Cuartel General. Heraclio Bernal, teniente coronel; José López Barbolín, comandante de batallón; Jesús Chavira, comandante de escuadrón; Domingo Portillo, capitán; Hermenegildo Soria, capitán; Jesús José Rodríguez, capitán; Lázaro Rodríguez, teniente; Guadalupe Arreola, subteniente; Pedro Mora, alférez; Jacinto Nevárez, alférez.»

Bernal no pudo ser el autor de ese plan. No tenía ni conocimientos ni preocupaciones políticas para plantear problemas como el de la erección en Estado del Valle de México. Nada podía significar para él —que no había salido nunca de Sinaloa— esa compleja demanda. En cambio, es evidente la autenticidad de la proclama que suscribió Bernal después de conocer el fin de García de la Cadena. Dice así:

«Heraclio Bernal, jefe del Movimiento Restaurador de la Constitución de 1857, a los ciudadanos de la República:

»Mexicanos: Los hombres que a título de fuerza y de fraudes se han adueñado de los destinos de la República me llaman bandido, solamente porque he resuelto defenderme antes que darles candorosamente mi vida. Cuando la traición me privó de un jefe y de un amigo en la persona del general Jesús Ramírez Terrón, antes partidario de los tuxtepecanos, pero al fin su azote, debido al profundo desengaño que tuvo acerca de las virtudes de esos hombres funestos para la patria, me resigné a vivir aislado, en un pueblo infeliz, aunque con la mira de esperar la oportunidad y la hora para volver al servicio de mi esclavizada patria. Los gobiernos de Durango y Sinaloa se obstinaron en perseguirme, hasta que, no pudiendo vivir con garantías en mi hogar, me resolví a lanzarme a un terreno harto difícil y peligroso, porque la revolución no tomaba forma decisiva; el país se manifestaba dispuesto, pero faltaban caudillos y centro de unión para todos los partidarios.

»Entre tanto, yo he tenido que sostenerme con los pocos amigos y soldados fieles que siguen mi pensamiento. Después de cuatro años de privaciones, de miserias y peligros, he logrado dominar esta serranía en más de treinta leguas a la redonda, sin embargo de que tropas de México, de Durango y Sinaloa me persiguen y asedian por todas partes. Es que estos soldados de Tuxtepec siguen la voracidad de sus fuentes: roban, incendian, talan por dondequiera que pasan, sacrificando vidas y burlándose del pudor y la honra de las fami-

lias, mientras que respecto de mis subordinados y respecto a mí, nadie podrá levantar una queja.

»He tocado los minerales de San Andrés, Jocuixtita, Guadalupe de los Reyes y Ventanas, porque allí se me ha hecho traición, pero quitando esos cuatro episodios de mi vida pública, y aunque me dicen bandido, no tengo embarazo para disputar honor y mejores sentimientos a mis enemigos. Ellos han incendiado los hogares de personas que en nada se hallaban ligadas conmigo y se han cebado en la vida de no pocas personas, de mis amigos y allegados y de muchos inocentes del todo. Yo a nadie he perjudicado ni molestado, si no es a las personas que se obstinan en derribarme.

»Soy favorecido y mis soldados son dueños de cuanto el favor pone en nuestras manos. Firme en mi propósito de hacer el bien, pero sin los tamaños necesarios para encabezar un movimiento popular y dirigirlo, iba a prestar mi escaso contingente a quien debía ser guía de todos nosotros; pero como la fortuna de Tuxtepec y su sed de sangre han puesto de otro modo las cosas, yo me decido a seguir las indicaciones de los que todavía viven y están resueltos a llevar las cosas al resultado que nos proponemos. Tomo, pues, la bandera y me dirijo a todos los mexicanos, conjurándolos a unírnos para derribar del poder público a los tiranos de nuestro país. No me es lícito decir todavía quién es la persona que ha de desempeñar el mando supremo provisional de la República. Es verdad que el Plan proclamado expresa que este Cuartel General hará la elección, pero la elección está hecha por todos los comprometidos y, llegado el momento, no he de hacer otra cosa sino esperar o dar el nombre de la persona que ya está elegida.

»Me importan poco las calificaciones que se hacen de mí. Todos los revolucionarios han sido llamados bandidos. Sin embargo, hasta ahora no me he enriquecido con los despojos de nadie; tampoco he metido a mi casa los dineros de la República. Honrado como el que más, y campeón decidido de las libertades de mi patria, pondré cuanto esté a mi alcance para hacer triunfar el Plan Político que antecede y que he proclamado el día de hoy, como el salvador de la honra y progreso de mi patria.

»Conitaca, enero de 1887.—Heraclio Bernal.»

VERGÜENZA Y TRAICIÓN

No es sólo una proclama política de Heraclio Bernal, sino también la interpretación de la razón de su vida y de su lucha. El documento tampoco fué divulgado. Se advierte en uno de sus pasajes la intención de Heraclio de obligar a los comprometidos en el movimiento a asumir su responsabilidad, amenazándolos con revelar sus nombres. En esta proclama anunciaba su resolución de ponerse al frente del movimiento, pero luego volvió a venderlo su complejo de inferioridad, y ante el silencio que siguió a la muerte

de García de la Cadena, decidió licenciar sus tropas y reintegrarse a la Sierra Madre —que para él fué la Madre Sierra— a vivir su leyenda.

El derrumbamiento había sido total. A los 32 años Heraclio se sentía un hombre liquidado. Empezar otra vez la serie de aventuras en la sierra no tenía ya sentido. Como siempre que caía en esos abismos de desmoralización, buscó refugio en la mujer. Fué a Otáez, cerca de Santiago Papasquiari, Durango, por una muchacha, Bernardina García, con la que sostenía correspondencia. Con ella hizo su hogar en una cueva de la montaña. La persecución en su contra continuaba sin éxito. Desesperado el gobernador Francisco Cañedo, y sin los arrestos para ir personalmente en busca del *bandido*, urdió algo denigrante.

Por acuerdo oficial del 31 de octubre de 1887, el gobernador Cañedo ofreció diez mil pesos por la vida de Heraclio Bernal. Además de cínico y vergonzoso (pues exhibía la impotencia del gobierno), el acuerdo era falso, pues se afirmaba que “el erario del Estado pagaría en efectivo” esa suma, cuando en realidad quienes la aportarían iban a ser los comerciantes ricos de Mazatlán y el gobierno de Durango. ¿Por qué arrojaba Cañedo sobre Sinaloa toda la responsabilidad de ese acto rufianesco? ¿Era ésa la escuela de Tuxtepec?

Después de haber llevado el pomposo título de Jefe del Movimiento Restaurador de la Constitución de 1857, Bernal no se avenía muy bien a la vida del “Rayo de Sinaloa”. Dió a su gente el permiso de hacer lo que quisieran y se dedicó a vivir su idilio. Su gente, ya sin freno, realizó en esa etapa las peores fechorías; al grito de “¡Aquí está Heraclio Bernal!” hacían crímenes que, naturalmente, se cargaban a la cuenta del guerrillero.

Es evidente que Heraclio ha decidido abandonar la sierra e instalarse con Bernardina en cualquier parte, lejos, donde no lo alcancen su fama y su leyenda. Encarga a sus hombres que desentierren unas barras de plata, pero los comisionados no regresan. Heraclio envía a Bernardina, enferma de gravedad, a Guadalupe de los Reyes para que se atienda y compre ropa para el niño. De regreso, al pasar por Rancho Viejo, Bernardina es reconocida por Crispín García, que la sigue y localiza de ese modo la guarida de Bernal. Avisa a su pariente Jorge Ayón, y entre los dos hacen la denuncia al teniente Enrique Fernández, jefe del destacamento militar en el mineral de Nuestra Señora.

Cerca de cincuenta hombres se acercaron a Bernal en su cueva del Cerro Pelón, en la madrugada del 5 de enero de 1888. Los primeros disparos hirieron a Heraclio en una pierna, imposibilitándolo para escapar. Otra bala le atravesó el pecho, y una más le entró por la nuca y le salió por la frente. El pueblo no acepta esta versión prosaica y ha creado otra más poética y romántica, según la cual, Heraclio enfermó gravemente de pulmonía; sintiéndose morir, le pidió a su compadre, Crispín García, que lo matara de un tiro y cobrara luego la recompensa ofrecida por el gobierno.

Cañedo cumplió su ofrecimiento: cinco mil pesos fueron entregados a Crispín García; dos mil al teniente Fernández y el resto se distribuyó —cincuenta pesos por cabeza— entre los que participaron en la cacería.

Además, como leemos en *El Correo de la Tarde* de Mazatlán, “muchas personas respetables de esta población han acordado regalar a cada uno de estos trabajadores un magnífico rifle de repetición con el correspondiente parque metálico”. (Estas “respetables personas” son los ascendientes de las no menos “respetables” que en 1936 regalaron —para que no se perdiera la tradición— magníficos rifles y 38-super al *Gitano*, al *Culiche* y demás criminales del Sur de Sinaloa para que se divirtieran cazando agraristas.)

Mejor que el de la leyenda, fué el Heraclio Bernal inédito, el “Jefe del Movimiento Restaurador de la Constitución de 1857”, el caudillo frustrado. La historia ha cerrado injustamente sus puertas al gran revolucionario juarista. El pueblo, en cambio, le ha hecho justicia en sus cantos, idealizándolo, porque siempre se idealiza lo que se ama:

Qué bonito era Bernal
en su caballo joyero;
él no robaba a los pobres,
antes les daba dinero.

Vuela, vuela, palomita,
vuela, vuela, hacia el nogal;
ya están los caminos solos:
ya mataron a Bernal.

Qué bonito era Bernal
en su caballo retinto,
con su pistola en la mano
peleando contra treinta y cinco.

Vuela, vuela, palomita,
vuela, vuela hacia el olivo,
que don Porfirio Díaz
lo quería conocer vivo.